

razón (como por otras muchas) no puedo ser detenido mucho. Me huelgo, señor don Miguel, le dijo su amigazo Rodriguez, que vaya Vm. con ese tan honroso cargo.—Y yo también, le dije, felicito á Vm. de este empleo, y me doy mil plácemes de que su inmunidad nos exima á los dos; á Vm. de la censura y á mí de la obligación.—Qué! En fin, va Vm. (continuó Rodriguez) por embajador?—Sí señor, le respondió, y sepan Vms. que

No de Apolo como quiera
voy embajador nombrado,
sino que de él y las musas
paso por extraordinario.

— Y sáqueme de curiosidad, ¿Lleva Vm. los premios á los poetas? conviéndeme saberlo.

Sí señor, nos respondió, (1) como quien no dice nada; y al chasco de su vejamen le añado yo esta matraca. Unos premios liberal traigo á los poetas divinos, entre coplas de Calainos metidos en un costal. Aquí le traigo los ojos de la gran puente de Lima, y de Rodriguez la esgrima carcomida de gorgojos. Los anteojos de Cupido, de un moscardón el zumbido, de suegras y cuatro harpías un pastel de chirimías, de la mesa de Anibal metidos en un costal. Unos mirones mordaces de quinta generación, un barbero y un zenón con más buches y alcatraces, dos rapaces, muchos criados, un doctor jugando á dados y bailando la chacona, con el pelo y la Gorgona, y la flauta de Durbal metidos en un costal. También les llevo una lanza del muerto rey que rabió, el canto de Gologo

y una treta de Carranza; una danza de ratones, tres docenas de gorriones con su capa de pardilla, y una pulga con golilla que vadeaba el cascajal, metidos en un costal. Un legajo de carpetas sobreescritas á Almanzor; del barro seca la flor, y de un cojo las patetas; unas setas y un pigmeo, un caimán del rio Letheo, una trucha, sin disputas pescada á bragas enjutas dentro de la mar glacial, metidos en un costal. Con un cuchillo de palo un asador y un rabel, de un poeta un cascabel que sirvió á Sardanapalo, un regalo de alcuzeuz, de perro viejo el tustús, el bostezo de un lirón, la pena del Talión, dos ventosas y un sedal metidos en un costal. A un hombre que el paso aviva encima un escarabajo, y que siente un gran trabajo de no ser escararriba;

(1) Muy bien habria hecho su excelencia en no escribir la larga tirada de versos disparatados con que pone fin al vejamen.—R. P.

una criba y seis saleros, de Mendoza los Agüeros, hecho un patriarca á Godofre que quiere ser Patricofre hecho de carne y nogal, metidos en un costal. La gualdrapa de un doctor, y una monja haciendo migas con el sebo de sus ligas para el señor Provisor; una vieja con mongil, un asador y un candil; Tamorlán corriendo cañas, y con capúz las arañas de la batalla naval, metidos en un costal. Unos encajes de puntas para costuras eriollas, seis pucheros y diez ollas de cuarteronas y quintas; de la música las notas, á caballo con sus botas, caminando al hospital metidos en un costal. Los suspiros de la Cava, con un zapato ramplón, con un viejo rodrigón que va jugando á la taba; una aldaba con gregüescos, alemanes y tudescos, cantando el re, mi, fa, sol, y sobre de un facistol un libro de seguidillas, de Syringa las costillas dentro del cañaveral, metidos en un costal. Con las alas de un moscón volando al Japon Tifheo con hijos del Zebedo mordiendo ya de un piñón; un colchón y otro empulgados, unos empeines rascados de mano de un portugués, con un tajo y un revés, así, papas y un tamal, metidos en un costal. Un alfajor con sombrero y un mosquito con calzones, tres ojales, dos botones y las trampas de un yentero, hecho un cuero el gran dios Baco,

con cebadilla un tabaco, dos estornudos de un fraile, y las mudanzas del baile de Gileta con Pascual, metidos en un costal. Un soplamocos curioso para pajueta de dientes, un par de fuentes corrientes de Dulcinea del Toboso, un rebazo de una esquina, de Ambrosio la carabina, de Santa las calabazas, unos perros con las mazas que arrastran en carnaval, metidos en un costal. Los siete sabios de Grecia cada uno con su mote, rotulado como bote de boticario en Venecia; de Lucrecia la tetilla, los brincos que da una ardilla, los saltos de un volatín, gestos que hace un arlequín del teatro en el corral, metidos en un costal. Un forbillo aderezado con cola de una ballena; podrida una berengena con un gallinazo asado; el doctorado en pelota, una vasenilla rota, un cuervo color azul, y una tapa de un baúl para sentarse tal cual, metidos en un costal. Sin ojos unos mochuelos barbiponientes aún, que en la cola de un atún están friendo buñuelos; de celos una gran sarta, una marta que muere harta, una gallina en visita que vive con su pepita, y un martillo de Tubal metidos en un costal. Y otras muchas zarandajas llevo á repartir también: un mango de una sartén que baila con dos sonajas; las navajas de Yxión, el baile del Pantaleón, veinte gatos y un conejo, con las demás que me dejo

para luego, echado en sal,
meterlos en un costal.
Y, pues, ya que los premios

se han repartido,
para mí se reserva
solo el castigo.

En aplauso del insigne y discreto vejamen que dió á los Académicos de Palacio el Excmo. señor marqués de Castell-dos-Rius, virrey de estos reinos, escribió el conde de la Granja el siguiente romance:

Señor, el vejamen que,
solo á título de enfermo
pude atreverme á pedir,
vino en cuenta de remedio.
Y tal, que luego que mis
espíritus macilentos
sintieron lo que el vejamen
les infundió, recibieron.
Y aunque no podía ponerme
en pié, por mi impedimento,
me puse, al verle en mis manos,
de rodillas en el suelo.
El gran milagro de dar
agilidad á mis nervios,
no sé si su autoridad
le hizo antes que mi respeto.
Veneréle, aun sin abrirle,
por aquel alto concepto
que trae en fe de autor tanto
recomendado el acierto.
Ya, abierto, empecé á leerle;
y según le iba leyendo,
por cláusulas, me serví
la admiración de comento.
En desear leer adelante
y en lo visto estar suspenso,
me sucedía lo de
anden y ténganse á un tiempo.
Diez veces lo repetí,
para que mi entendimiento
rumie lo que irá después
de la memoria saliendo.
Qué bravo hartasgo me dió
de elocuencia y de conceptos!
tal digerirlos supiera
como ultrajarme supieron.
Pero, no estando mis cascós
á quintas esencias hechos,
por los órganos mentales
por donde entraron salieron.

Pues, además de faltarme
virtud para retenerlos,
se me ha encajado la gota
como musa en el cerebro.
Y teniendo en su lugar
tan mal huésped de aposento,
en vez de influirme cantos
me suele tirar con ellos.
Y hallándome en tal estado,
entre ayes y lamentos,
mal podré estando yo malo
saber ponderar lo bueno.
Que hay en lo grave, lo agudo,
lo erudito y lo discreto
del vejamen, en que quepan
tantas almas en un cupepo.
Ni á mi cortedad le es dado
cuando pluma de más vuelo
desistiera de la empresa
al imposible cediendo.
Que obra tan grande que excede
á todo encarecimiento,
su alabanza es, con fe humana,
venerarla por misterio.
Y sin embargo de que
saca de tan arduo empeño
la imposibilidad que toca
á la elocuencia en silencio,
yo, á mis solas, para mí,
puesto en el márgen de acecho,
por mayor algunas cosas
iré notando en secreto.
Lo primero sea la idea
que, aunque fué cosa de sueño,
su grande artificio hace
que la sueñe el más despierto.
Lo segundo es el estilo:
¡Qué lacónico, qué suelto,
puro y fluido, á quien hace
lo jocosó más ameno!

Con qué donaire se deja
deslizar á los plebeyos
hispanismos, con que pica
la salsa de sus proverbios!
No hay frase, alusión ó apodo
que no tenga al susto en celo,
en que hablan puntos y comas
pues son del sentido ecos.
Divisase entre dos luces
al equívoco ambidextro,
que apunta á dos blancos por
no hacer el tiro derecho.
Vése, para que no muerda,
á la malicia sin freno,
y á la sal, en verso y prosa,
derramarse sin agüero.
Las descripciones admiran
de tierras, mares y cielos,
tan patentes á la vista
que, al oirlas, se están viendo.
Con qué elegancia á las musas
les fabricó nuevo templo,
que antes andaban á monte
y enmarañadas á cerro!
Tapada de medio ojo
á la censura en el veo,

que se descubre y se cubre
con un cortesano velo.
Y aunque corta de vestir,
no usa más instrumento
que el jabón con que señala
el que le da á cada ingenio.
No hay distinguir los vejados
por el bochorno del gesto,
porque les deja el buen aire
de la quemazón más frescos.
De suerte que quedan tan
engreídos sus defectos,
que presumen poder dar
á las buenas prendas celos.
Todos son milagros, sin
basiliscos que supieron
quitar á los basiliscos
los milagros del veneno.
Y por único el vejamen,
con los que se harán y han hecho,
no ha de tener consonante
si no es que se halle en mis versos.
Y aunque no estoy para gracias
rendírosla, señor, debo
de haber merecido oiros
mientras veros no merezco.

En elogio del Vejamen que dió Su Excelencia á los ilustres ingenios de su Academia, escribió la discreta elegante pluma del Contador don Pedro de Urquiza, que lo es Ordenador del Tribunal Mayor y Audiencia Real de Cuentas de este Reino y Oficial Mayor de la Secretaría de Cámara de Palacio.

Desató la elocuencia
cuyo mar cristalino
en copia de deleites
ahogaba los oídos.
Era el rumor tan dulce
que el aire, al recibirlo,
se dió por regalado
lo que duraba herido.
A sus alumnos sabios
oh! cuanto allí les dijo!
Todo lo que hasta entonces
ninguno había dicho.
Diestra voz fué de aquel
música el más perito,
á quien naturaleza
compuso de artificio.

De aquel de todas ciencias
tesoro, en cuyo archivo
aun guardadas noticias
sirve de desperdicio.
Por quien el Rimac habla
más perlas, engreído,
que por sus siete bocas
cristales vierte el Nilo.
Cuya discreta Musa,
olvidando lo esquivo,
ni para ser ingrata
se acuerda de lo lindo.
Por suavizar el canto
usurpaba atractivo,
la frescura á las fuentes,
la amenidad al sitio.

Vertía de sus labios,
seriamente festivo,
morales alegrías,
prudentes desvarios.
Tal fué de sus donaires
el arte que, advertido,
hasta las mismas Gracias
le pedían su estilo.

Admire como estaban
en él, para mi oído,
lo culto á todas luces,
tratable lo divino.

No siempre los conceptos
han de estar escondidos,
ni en liberales ciencias
los ingenios mezquinos.
Qué de veces pelagra
lo sabio en extravíos,
si solo en las distancias
luce lo peregrino!

Asombro fué el oírle
que, en el instante mismo
que al cielo se me iba,
se estaba allí conmigo.

Ve aquí cómo el poner
escalas al Olimpo,
en gigantes ingenios,
es virtud y no vicio.

Arte que estudian pocos
de guiar prevenidos
el carro de las luces,
sin dar en los abismos.

Castigaba á los suyos
no sé por qué deliquios;
solo sé que estimaron
por favor el castigo.

Culpas sin duda fueron
tan leves, que al registro
de menos luz no dieron
visibles los delitos.

Atomos delicados
que igualmente los hizo
el rayo que los hiere,
pacientes y lucidos.

Nunca vi, como entonces,
tan dulces los avisos;
sin ceño al desagrado;
lo amargo sin fastidios.

Solo en su discreción
el rigor de bien quisto,
aún para el susto hacia
los estruendos benignos.

Solo en sus pensamientos,
si airados eruditos,
eran los rayos luces,
los asombros prodigios.

No son para otra mano
retoques tan pulidos
que añaden á lo hermoso
la sombra como aliño.

Los alumnos discretos,
al verse corregidos
de quien ya los aciertos
les daba sin peligro;

dichosos con la enmienda
fué, á su dictamen mismo,
todo lo que no erraron
entonces desabrido.

Ahora sí (se decían)
en nuestro pecho activos
prenderán, ya sin humo,
los ardores divinos.

Nuevo espíritu en todos
igualmente infundido,
hasta en el más cobarde
hará la voz con bríos.

Serán ya de la envidia
los mortales ladridos
vapores que no manchen
aspectos cristalinos.

O será de su genio
el rabioso apetito
ahora, más que nunca,
blasón de lo entendido.

Aspire ya en nosotros
animoso el designio
á la inmortal diadema
del lauro no marchito.

Con nuestro nombre vuele
la fama, y repetido
forme de nuestro aliento
su más sonoro grito.

Triunfos los nuestros sean
del Dios á cuyo arbitrio
vive de los ingenios
la memoria ú olvido.

Así el docto Congreso
meditaba consigo,
en escuela de rayos
escarmientos lucidos.

Cuando del alto Apolo
el canto interrumpido
la luz y mi deleite
su silencio deshizo;

y forzando á mis dichas
el caso no previsto,
á pagar infelices
los gustos en martirios.

A la deidad ya esquivada
mi pena así le dijo,
si puede aquí quedarme
voz con que repetirlo.

Por qué Apolo divino mis sentidos
los rayos de tu pluma desvaneces?
mal con la privación los encareces
que se apetece más de poseídos.

Sin duda fué porque también medidos
tus excesos, lo que al asombro ofreces,
dicho una vez, lo callas muchas veces,
que es la modestia prenda de entendidos.

O fué porque á los siglos dulce historia
tu fama aún del silencio sea empleo,
y no baste la voz á tanta gloria.

O porque apetecido, como creo,
lo que inmortal guardare la memoria
tenga otra duración en el deseo.

De Diego Rodriguez de Guzmán:

Suspenda el tiempo el vuelo fugitivo,
días y aplausos repitiendo iguales;
así á tus elegancias inmortales
como al regío esplendor de un astro vivo.

Mal de la Parca el hierro ejecutivo
osa cortar los hilos naturales,
si reboza los términos fatales
alto ingenio, en lo heróico y lo festivo.

Si su edad y tu acierto igual aclama,
inmortal su desvelo se presume
logrando gloria que uno y otro llama;

pues en su obsequio da, con dicha suma,
luces á los blasones de su fama
y flores á los rasgos de su pluma.

204

JUICIO SINTÉTICO

Esta décima velada ó junta de la Academia fué, como habrá visto el lector, la que tuvo más horas de duración. Prescindiendo de los poetas, que pobre y poquísima labor tuvieron, fué su Excelencia el virrey quien ocupó la atención del auditorio con sus trabajos. Hay que hacerle justicia reconociendo que, si como poeta fué siempre desventurado el marqués de Castell-dos-Rius, como prosador es muy digno de encomio. Así en las cedulillas como en el vejamen, su estilo es fácil y correcto; es gracioso é intencionado en el retruécano; y en la crítica cortés, sensato é ingenioso. Lastima que hubiera afeado su vejamen rematándolo con unos versos, atroces de puro ramplones! Todo lo que, en sus versos, nos disgusta, nos complace en su prosa, que dista mucho de ser indigesta como la de nuestro compatriota Peralta que, por su afán de lucir erudición, se hace incomprendible, así cuando rima con gongorino y alambicado estro, como cuando descende á escribir en lenguaje llano y corriente.

R. P.

ACTA UNDÉCIMA

ACADEMIA QUE SE CELEBRÓ EL DÍA 24 DE DICIEMBRE DE 1709, VÍSPERA DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR, DEDICADA Á OBSEQUIO REVERENTE DEL DIVINO RECIÉN NACIDO INFANTE.

CONCURRENTES:

Su Excelencia:

<i>El P. M. Fr. Agustín Sanz</i>	—	<i>Don Pedro de Peralta</i>
<i>El licenciado don Miguel Cascante</i>	—	<i>Don Juan M. de Rojas</i>
<i>El marqués de Brenes</i>	—	<i>Don Jerónimo de Monforte.</i>
<i>Don Pedro Joseph Bermúdez</i>	—	<i>El marqués del Villar del Tajo</i>

Para esta Academia repartió Su Excelencia, entre los ingenios, la representación de las personas que concurrieron en Bethlém á celebrar el nacimiento del Señor, para que así se hiciese más presente á la celebridad. Y conforme con esta disposición dió por asunto al R. P. M. fray Agustín Sanz, que anunciase, en persona del Angel, á los pastores, el gozo de aquella superior felicidad del mundo, escribiendo en versos pareados; al licenciado don Miguel Cascante, que como pastor ofreciese flores al divino infante, en redondillas; al marqués de Brenes que, representando otro pastor, ofreciese las aves y el ganado, en quintillas; á don Juan Manuel de Rojas que, en representación del tercer pastor, ofreciese los frutos, en redondillas de pie quebrado; al doctor don Pedro Joseph Bermúdez que, en persona del santo rey Baltasar, ofreciese al Niño Dios la mirra, en diez lirras; á don Pedro de Peralta, que, en representación del rey Melchor, ofreciese el incienso en un romance de arte mayor; y al marqués de Villar del Tajo, que, en romance, describiese la ruina del Portal y sencillez de los pastores.